

# ALDO E. SOLARI: EL HOMBRE Y SU OBRA<sup>1</sup>

**Rolando Franco**

Como se ha dicho “Los frutos del recorrido en el que Solari se empeñó por casi cuarenta años merecen una evaluación detenida, que pondere el mérito de las distintas obras, señale el sentido de sus aportes y los ponga en relación con el itinerario de la sociología y de la ciencia política, remitiendo a las claves de la historia del Uruguay y de América Latina en el segundo tramo del siglo”.<sup>2</sup>

A dicha tarea se dedica esta obra.

Me ha correspondido, como editor de este libro, preparar una presentación sobre el autor y su producción intelectual. Ello no significa, obviamente, que posea competencia sobre la multiplicidad de áreas que Solari abordó, por lo cual el que haya aceptado esa tarea debe ser entendido más que nada, como una manera de expresar el respeto por su extensa, variada y estimulante obra, así como el afecto que por él conservo.

## 1. EL HOMBRE

Este trabajo, es obvio, tiene que centrarse en la vida pública de Solari. Empero, no quiero dejar de hacer, aunque sea una breve mención del hombre, lleno de bonhomía, que muchos pudimos conocer en el ámbito privado. Allí afloraba como faceta dominante su profundo respeto por sus semejantes y una especial comprensión por las debilidades y miserias propias de la naturaleza humana. Siempre fue, además, un locuaz y apasionado narrador de anécdotas acumuladas a lo largo de una vida rica e intensa. Como se dice en la nota necrológica ya citada: “A través de sus distintos quehaceres... Solari fue un cultor fiel de la sociología -productivo y sugerente- y siguió de cerca las alternativas de la política, como analista... De ello daba muestras cualquier encuentro, haciendo gala de formación técnica, de perspicacia y de sentido común, jugando con

---

<sup>1</sup> Introducción al libro *Sociología del desarrollo, políticas sociales y democracia: estudios en homenaje a Aldo E. Solari*. Rolando Franco, coordinador. México, Siglo XXI editores. 2001.

<sup>2</sup> J. L. Lanzaro (1989) “Aldo E. Solari 1922-1989”. En: *Revista Uruguaya de Ciencia Política*, Montevideo, No. 2, p. 3.

sus cualidades de observador certero, de expositor sistemático y ameno, combinando seriamente el rigor con la picardía” (ibídem, p. 3).

Intelectualmente fue, por sobre todo, un gran desmitificador. Se mantuvo distante de las modas intelectuales y, aplicando su sabiduría y sobre todo el sentido común, tuvo una gran capacidad crítica.

Su sólida formación filosófica, su cultura y su aguda percepción influyeron, probablemente, en que conociera a cabalidad tanto las posibilidades como las limitaciones de la disciplina que profesó. Ello le impedía aceptar las explicaciones monocausales que, en un sentido o en otro, dominaron la sociología latinoamericana en los años en que nuestro autor vivía su madurez intelectual. Esto, unido a su acendrado liberalismo, si bien le hizo tolerante a las ideas de los demás aunque discrepara con ellas, también lo apartó de las escuelas o capillas que dominaron la disciplina en aquella época. No consumió el “opio de los intelectuales” y, como Aron, se acostumbró a navegar solo con sus ideas, lo que sin duda puede haberle generado resistencias en los ambientes en que le tocó actuar.

En ocasiones, sus trabajos fueron considerados “ensayos”, propios de los “pensadores” que precedieron a la instauración de la sociología como una disciplina con pretensiones científicas. Esta crítica fue común entre algunos de la siguiente generación que, a mediados de los sesenta, tendían con frecuencia a sobrevalorar la metodología cuantitativa. Carecieron, por lo menos en ese momento, de la profundidad requerida para apreciar la aguda percepción de Solari que siempre le permitió ir más allá de los enfoques tradicionales, encontrando otra información, a menudo no tenida en cuenta, que enriquecía con la fineza de sus análisis.

Más tarde, cuando la sociología latinoamericana se autodefinió como “crítica”, muchos paradójicamente lo incluyeron en el peyorativamente denominado “cientificismo” sin apreciar que, en definitiva, era él quien había mantenido una continuidad de pensamiento no alterada por los abruptos cortes derivados de los cambios de las modas dominantes.

El destino ha querido que, en su país, el paso de los años haya mostrado la permanencia de sus análisis y que, por un lado, las más recientes generaciones encuentren en sus escritos elementos que los ayudan a comprender su propia realidad y, por otro, que muchos de sus antiguos críticos

hayan alcanzado la comprensión que supuestamente acompaña a la madurez biológica, y puedan hoy reconocer lo atinados que han sido muchos de los aportes del maestro.

Solari ha recibido la máxima gloria que es posible alcanzar como intelectual. Muchas de las hipótesis que formuló son hoy tan aceptadas que ya ni siquiera se lo cita al mencionarlas. Así sucede, por ejemplo, con sus ideas sobre el envejecimiento de la población activa en el Uruguay, formulada en 1957 y revisitada treinta años después; o con sus tesis referentes a los problemas que enfrentaría a corto plazo el sistema de pensiones instaurado en el país. Lo mismo sucede con sus escritos, recopilados al fin de su vida (Solari, 1988a), sobre el funcionamiento del sistema político uruguayo y las peculiaridades de su sistema electoral, y con la diferenciación del comportamiento de los uruguayos en los periodos electorales y en los interelectorales.

Conviene recordar algunos de los rasgos biográficos de quien fuera el sociólogo uruguayo más connotado. Nació en Montevideo el 13 de julio de 1922. Su formación inicial fue en leyes, obteniendo el grado de Doctor en Derecho y Ciencias Sociales por la Universidad de la República, que lo habilitó para ejercer como abogado, profesión en la que se desempeñó por años, al mismo tiempo que desarrollaba su versatilidad intelectual ejerciendo la docencia en diversas instituciones, entre ellas la Universidad de la República y el Instituto de Profesores “Artigas”, del cual estuvo en el grupo fundador.

Aprovechando la Beca “Artigas”, que se otorga a los mejores alumnos de cada promoción de la universidad uruguaya, frecuentó la London School of Economics and Political Science y, en París, el Institut National d’Études Démographiques (INED) y la Sorbonne.

Su actividad sociológica comenzó en la Facultad de Derecho y Ciencias Sociales, donde defendió con éxito las pruebas para la carrera docente, con una tesis titulada Sociología rural nacional (Solari, 1953), monumental obra en la que analizó la teoría relevante en ese momento y recurrió a fuentes documentales poco exploradas anteriormente sobre la conformación de la estructura agraria en el Uruguay.

Como profesor titular produjo sus Apuntes de Sociología (Solari, 1959), que fueron por muchos años la bibliografía imprescindible para sucesivas generaciones de uruguayos, tanto en la mencionada Facultad como en otros centros de estudio del país.

Desde la dirección del Instituto de Ciencias Sociales de la Universidad promovió diversas investigaciones y reuniones. Entre las primeras hay que citar la actividad pionera realizada en conjunto con Jean Labbens, sobre la movilidad social en Montevideo (Solari y Labbens, 1961); entre las últimas, conviene recordar el Seminario sobre Elites y Desarrollo en América Latina, que coordinó junto a Seymour M. Lipset (Lipset y Solari, 1967).

También merece mención el libro Uruguay en cifras (Solari et al., 1966), sistematización y análisis de información estadística, que constituyó un hito para un país caracterizado hasta entonces por una ignorancia complaciente sobre su propia realidad. Baste recordar que en las seis primeras décadas del siglo XX, Uruguay sólo realizó dos censos (1908 y 1963).

Por entonces, Solari estuvo vinculado a los comienzos de la actividad de planificación que, en el Uruguay, tuvo lugar con la creación de la Comisión de Inversiones y Desarrollo Económico (CIDE), presidida por Enrique V. Iglesias. De su colaboración en ese trabajo surgieron obras como El desarrollo social del Uruguay en la postguerra (Solari 1967) y el Informe sobre el estado de la educación en el Uruguay, producido junto a otros expertos en educación (CIDE 1967).

Mantuvo además contacto con el Instituto de Sociología de la Universidad de Buenos Aires, creado por Gino Germani, que fue un hito en la concreción de la sociología latinoamericana, ejerciendo allí también la docencia y relacionándose entre otros con Jorge Graciarena y Torcuato Di Tella. También estuvo vinculado al Centro de Pesquisas em Ciências Sociais, de Rio de Janeiro, institución hermana de la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (Santiago de Chile), creadas ambas de manera simultánea por la UNESCO, para la promoción de las ciencias sociales modernas en la región de América Latina aunque, sorprendentemente, separando en ciudades distantes las actividades de formación, por un lado, y de investigación por el otro.

Participó asimismo Solari en múltiples congresos y seminarios internacionales y fue miembro de la Asociación Latinoamericana de Sociología, la American Sociological Association, la American Educational Research Association y la International Sociological Association, de cuyo Comité Ejecutivo formó parte entre 1966 y 1970, y de la cual fue Vicepresidente, entre 1970 y 1974.

También integró el Consejo de Administración del International Institute for Educational Planning, de la UNESCO, en París, entre 1973 y 1976.

En 1967, Solari se trasladó a Santiago de Chile, para trabajar en la CEPAL. Desarrollaría allí una importante etapa de su vida intelectual, primero en la División de Desarrollo Social -junto a Marshall Wolfe- y, posteriormente, en el Instituto Latinoamericano de Planificación Económica y Social (ILPES), entidad autónoma pero ligada a la Comisión, donde ejerció primero como director de Planificación Social y, más tarde, del Área de Investigaciones. En ese periodo interactuó con Raúl Prebisch, por entonces Director General del ILPES y Secretario General de la Conferencia de Comercio y Desarrollo (UNCTAD), cargos que ejercía en forma simultánea, y sobre todo con José Medina Echavarría. Eso se plasmó en obras que llevan su firma, como Teoría, acción social y desarrollo en América Latina (Solari et al., 1976), Estudios sobre educación y empleo (Solari, 1973), Algunas reflexiones sobre la juventud latinoamericana (Solari, 1972), Problemas del desarrollo social de América Latina (ILPES, 1974), y en sus contribuciones a publicaciones institucionales que pueden considerarse clásicas: Educación, recursos humanos y desarrollo en América Latina (Nueva York, CEPAL, 1968), El cambio social y la política de desarrollo social en América Latina (Nueva York, CEPAL, 1969),<sup>3</sup> y Las transformaciones rurales en América Latina: ¿Desarrollo o marginación? (CEPAL, 1979). También cabe mencionar su colaboración al informe Transformación y desarrollo, la gran tarea de América Latina, presentado por Raúl Prebisch, al Banco Interamericano de Desarrollo, y discutido en la Conferencia de dicho organismo.<sup>4</sup>

En ese periodo ejerció la docencia en la Facultad Latinoamericana de Ciencias Sociales (FLACSO), en Santiago de Chile, en la Escuela de Sociología dirigida por Glaucio Soares. También dictó clases en la Pontificia Universidad Católica de Chile.

Permaneció vinculado a la CEPAL hasta fines de 1979, momento en que asumió el cargo de Representante Residente del Programa de las Naciones Unidas para el Desarrollo (PNUD) ante el gobierno del Ecuador, presidido entonces por otro sociólogo, Osvaldo Hurtado Larrea.

Al abandonar el sistema de las Naciones Unidas, regresó a Uruguay, donde el gobierno presidido por Julio María Sanguinetti lo designó Vicepresidente del Consejo Directivo Central

---

<sup>3</sup> No puede atribuirse la coautoría al autor en análisis porque, por entonces, Naciones Unidas no incluía los nombres de los autores de los trabajos, atribuyéndolos a la Organización.

<sup>4</sup> Se trata de “Algunas reflexiones sobre la juventud latinoamericana”

En: Transformación y desarrollo: la gran tarea de América Latina: volumen 2: trabajos de apoyo - México, DF : Fondo de Cultura Económica, 1972 - p. 425-537

(CODICEN), máximo organismo de la Administración Nacional de la Educación Pública, institución responsable por los niveles educativos primario, secundario y de capacitación laboral, así como de la formación del magisterio y el profesorado.

Fue también Presidente de la Sociedad Uruguaya de Análisis Político..

En 1987, fue incorporado a la Academia Nacional de Letras del Uruguay.

Desempeñando su función pública en el área de educación, con responsabilidad, seriedad y tenacidad, murió el 30 de enero de 1989.

## 2. SU OBRA

Solari nos ha legado una prolífera obra, a través de la cual ha frecuentado los más variados asuntos.

Si fuera posible destacar algunas grandes áreas temáticas habría que destacar lo relacionado con el análisis político, la sociología del desarrollo, la sociología rural y las políticas sociales, en especial la seguridad social y la educación.

Lo primero cobró especial importancia durante el periodo posterior a 1984 cuando, como sucede en toda sociedad que efectúa su transición desde el autoritarismo, se despertó un gran interés por lo político. Y allí también los ensayos que Solari había escrito sobre el sistema político y de partidos, desde sus primeros años, resultaron esclarecedores (Solari 1988a). Puede decirse que Solari fue el primer “analista político” del país, entendiendo por tal a quien analiza acontecimientos de ese tipo a través de la prensa escrita. Son especialmente relevantes sus artículos sobre los resultados electorales, en un país, donde, en aquella época, no existía el análisis sociológico, o sociopolítico, o politológico, orientado a explicar al gran público los acontecimientos relevantes.<sup>5</sup> Volvería nuestro autor a estas preocupaciones en ocasión de la primera elección post-dictadura.<sup>6</sup> En ese periodo fue colaborador frecuente en especial en el

---

<sup>5</sup> Se trata de “Réquiem para la izquierda” (1962) y Elecciones 1966. “Cambio... sin cambiar” (1966), aparecidos ambos en sendos ejemplares de Gaceta de la Universidad, con ocasión de las elecciones generales de los años indicados. El primer texto forma parte del libro Solari (1964) y el segundo de la recopilación Solari (1988).

<sup>6</sup> “Sistema de partidos en el Uruguay” y “Algunas reflexiones sobre los resultados electorales” (1984) incluidos también en Solari (1988).

suplemento La Semana, del Diario El Día, y también colaboró con Capítulo Sociológico, suplemento de otra publicación, también desaparecida, el Semanario Jaque.

Buena parte de su trabajo -como se dijo- se produjo en una época donde el tema del desarrollo adquirió especial centralidad, y se llevó a cabo en el ámbito de organismos internacionales preocupados por influir en los cambios en proceso que se daban en la América Latina. Las contribuciones de Solari se orientaron a mostrar las limitaciones del tecnocratismo y a tratar de ampliar la perspectiva economicista dominante desde la cual se sugerían soluciones para el problema del subdesarrollo.

En educación, fue un interlocutor válido y actualizado en el diálogo continental durante toda su vida.

A continuación intentaré poner de relieve algunas de sus ideas centrales, lo que permitirá además establecer un hilo conductor con los trabajos que aparecen en este volumen preparado en su homenaje.

#### *a) El análisis sociológico y el cambio social*

En su clase inaugural de la cátedra de sociología argumentaba que el “esfuerzo de perseguir incansablemente la realidad social efectiva, es imposible sin destruir muchos mitos, muchas ideologías. Las sociedades, como los individuos no aceptan alegremente que se ponga de relieve, su profunda, su verdadera naturaleza. Los pueblos son, pero además creen ser... La sociología aparece entonces como una obra de desmitificación” (Solari, 1964:19).

Si bien, como afirman algunos de quienes escribieron sobre su obra, fue el introductor del estructural-funcionalismo, cabe decir que tomaba distancia de esa corriente, a la que consideraba “como obra de justificación”, “en que los valores y las normas sociales fundamentales son aceptadas implícitamente como dadas y la crisis aparece como una desadaptación de los individuos a esas normas y valores que se aceptan sin discusión”. Por otro lado, -pese a las críticas que formularía a la izquierda en sus estudios sobre la sociedad uruguaya, rescataba de la sociología marxista el “que las normas, los valores, las ideologías son miradas como los residuos de un mundo que se niega absurdamente a morir y cuya destrucción hay que apresurar” (ibídem, p. 20).

### *b) Valores, actitudes e ideología*

También se planteó Solari en repetidas ocasiones el tema de los valores y su relación con la construcción científica. Dado que consideraba que la imparcialidad del sociólogo no era absoluta o ideal, el autor se planteaba la necesidad de que dicho sociólogo “ponga de relieve su ecuación personal, sus coordenadas y, sobre todo, se someta lealmente al diálogo y a la discusión, a la polémica sobre hechos e ideas. Para él... la polémica no será el medio de convencer, sino sobre todo, el sistema de comprender al otro y de ser comprendido por el otro” (Solari, 1967:20).

Sostendría largas polémicas con quienes postulaban una sociología “comprometida” o la denominada “investigación-acción”. Y, al mismo tiempo, expresaba su preocupación ante la tendencia creciente en América Latina entre los sociólogos jóvenes a confundir el uso de un lenguaje abstruso con la construcción de la ciencia (Solari 1967:10).

Consideraba que el análisis sociológico tenía un papel en la reforma social: “La sociología no basta para la reforma social... [pero] Si no es la condición suficiente, es la condición necesaria, ineludible, de todo intento serio de reforma. Comprender la realidad es el paso previo para modificarla” (Solari, 1967:21).

### *c) Población activa, envejecimiento y sistema de pensiones*

La estructura de la población activa y la influencia que ella ejerce sobre las posibilidades de desarrollo económico y social fueron otra arista clave del pensamiento de nuestro autor. Ello también formó parte de sus aportes originales, en especial, cuando llamaba la atención sobre las debilidades de la supuesta modernidad del sector “terciario, [que] lejos de ser la marca de nuestro progreso, es el signo de causas históricas y actuales que indican la debilidad de nuestra economía [...] la deficiente estructura, el arcaísmo de la economía rural que libera brazos no por el progreso de la productividad, sino por las limitaciones del sistema con que se hace la explotación” (Solari, 1964b:51). “Si el número de funcionarios públicos crece constantemente [es] porque la actual estructura del país no ofrece otra salida que la función pública, a una parte creciente de las generaciones que llegan a la edad de actividad.” (ibídem, p. 53).



Antes que nadie, Solari ha llamado de atención sobre el envejecimiento de la población en el Uruguay y las consecuencias que ello producía sobre diversas características de la sociedad (ver Solari 1962, en que se reelaboran Solari, 1957 y 1961 y 1987. “La población uruguaya sufre un proceso acelerado de envejecimiento que constituye un problema social y demográfico de primera magnitud” (Solari, 1962:57).

Mientras otros preferían enfatizar el coeficiente entre activos e inactivos, frente del resto de América Latina, donde las altas tasas de crecimiento demográfico elevaban la cantidad de los inactivos-niños, Solari (1962:58) destacaba “el aumento de la carga que experimenta la población activa”, sobre todo, porque “las consecuencias del envejecimiento acelerado, tienden a agravarse por el alto grado de urbanización” (1962:59) y porque en países de gran sector terciario, “la entrada en edad activa efectiva a los 15 años [límite inferior de la población activa] es un fenómeno cada vez más raro” (1962b: 60).

Este proceso se traduce, asimismo, en un envejecimiento de la misma población activa, provocando la disminución de la movilidad en el empleo: “Siempre existen resistencias para cambiar de ocupación, pero la edad tiende a hacerlas más fuertes. El envejecimiento tiene un efecto conservador”, cuando el progreso económico “exige una transformación profunda en la repartición de la población por sectores” (Solari, 1962b:60).

Los temas demográficos y del envejecimiento son analizados y expandidos para la situación latinoamericana, han sido analizados por Chackiel (1999), lo que le permite evaluar los aportes realizados por Solari en este tema.

En el planteo de Solari, los cambios demográficos se ligan estrechamente a los problemas que enfrentaba, ya en aquel momento, el sistema de pensiones uruguayo.

“En momentos en que la esperanza de vida aumenta considerablemente, se asiste en el Uruguay, a una multitud de reivindicaciones de diversos grupos que, con las más variadas razones, procuran obtener que se disminuya el coeficiente de edad exigido para jubilarse. Los reclamantes, que a menudo tienen éxito, se fundan en la existencia de supuestos derechos a retirarse a una edad determinada y ni ellos ni nadie toman en cuenta el problema del aumento proporcional de las capacidades humanas” que acompaña a la elevación de la esperanza de vida, como han planteado diversas teorías. “De ser así, correspondería comparar a quienes alcanzaban

los 65 años con los que en la generación anterior tenían 60” (Solari, 1962:59). “El envejecimiento acelerado hará que el número de pasivos aumente, por lo menos, en la misma proporción que el de las personas mayores de sesenta años en las estimaciones” realizadas en el trabajo (1962b: 60).

Pero, en su análisis, los problemas de la seguridad social no sólo derivan de factores demográficos, sino que están vinculados a cambios en la estructura productiva y a la insuficiencia del crecimiento: “En el Uruguay, los últimos años han mostrado la multiplicación de organizaciones (Cajas y Seguros de Paro) destinadas a socorrer a los trabajadores de un determinado gremio que sufren de frecuentes paralizaciones. El fenómeno no obedece solamente a un problema de seguridad social, numerosos índices señalan que es un esfuerzo desesperado para mantenerse vinculados a una determinada actividad que, en muchos casos, ya no ofrece reales perspectivas de futuro” (Solari, 1962b:60).

“La falta de inversiones suficientemente importantes, la declinación de la infraestructura económica hasta un punto vecino a la descapitalización del país, la adopción de medidas legislativas y gubernamentales tendientes a proteger y conservar la situación de ciertos grupos de productores marginales en detrimento del interés económico nacional y del avance de la productividad; en el terreno psicosocial, una especie de esfuerzo por conservar las viejas estructuras, son todos fenómenos demostrables y en los cuales algún papel debe jugar la situación demográfica aunque no sea la única causa” (Solari, 1962b:62)

Enumera consecuencias del envejecimiento para el futuro inmediato, sobre las cuales “es menester no engañarse. Si un régimen de seguridad social es deseable, no hay duda de que tiene que mantener una relación racional con las posibilidades del país que lo sostiene. De no ser así se convierte en un factor de estrangulamiento y tampoco llena las finalidades propuestas. Es lo que ocurre entre nosotros. La carga real que la población activa es capaz de soportar no es fácil de medir en cifras, pero tiene, sin duda, límites infranqueables. Si el número de pasivos crece desmesuradamente, la carga no aumentará sino hasta cierto límite; más allá de él aumentará la carga nominal, pero la real se mantendrá estable o disminuirá. O diciéndolo en otros términos, la inflación se encargará de disminuir la carga real que significan jubilados y pensionistas. Es lo que ha ocurrido entre nosotros. El jubilado hace diez años ha visto reducido el poder adquisitivo de su jubilación. En el fondo, el sistema de seguridad social [en esas condiciones] resulta a la

postre, un engaño; para mantener el poder adquisitivo de las jubilaciones el Estado deberá volcar sumas de una entidad tal, que no existe posibilidad alguna de extraerlas de la renta nacional. Esto es, naturalmente, causa de tensiones sociales importantes puesto que todo un sector vive en constante reclamo de aumentos que acerquen sus ingresos fijos al ritmo creciente del costo de la vida” (Solari, 1962b:62-63).

Muestra asimismo la relación entre pensiones cuyo poder adquisitivo se deteriora y el trabajo en negro. “Una gran cantidad de jubilados, por imposibilidad de vivir con sus asignaciones, trabajan de hecho aunque de manera oculta. La pasividad es una parte de sus entradas. Pero, por esa misma razón, el jubilado tiende a realizar tareas por remuneraciones muy inferiores a las que puede aceptar un integrante de la población activa de pleno derecho, por decirlo así. El sistema entonces, no solamente significa una carga muy pesada para la población activa por su costo, no satisface las legítimas aspiraciones del que se retira después de muchos años de actividad, sino que todavía provoca distorsiones el cuadro de la población activa” (1962b:63).

Sugiere medidas para enfrentar ese problema, las que el país encararía tardíamente, casi treinta años después: se “exige como medida urgente aumentar los coeficientes de retiro; pero cuando esa necesidad aparece como más perentoria es, justamente, cuando la mayoría de los grupos sociales presionan sobre los poderes públicos para obtener coeficientes cada vez más bajo, tratamiento excepcionales, en función de situaciones que, en la mayoría de los casos, sólo son supuestamente excepcionales y, en general, los obtienen. La falta total de conocimiento de los problemas demográficos, por no hablar de la conciencia de lo que significan, favorece considerablemente esa acumulación de peticiones satisfechas. Pero aun ese conocimiento no impediría que fuera muy difícil obtener la transformación de las convicciones más extendidas en el sentido de que es un derecho retirarse a una edad temprana. Toda medida destinada a dificultar las posibilidades de jubilarse sería extremadamente impopular y de muy difícil adopción” (Solari, 1962:63).

Respecto a las razones del surgimiento del sistema de jubilaciones tempranas argumenta que “La sociedad pagó en términos de eficiencia económica la relativa paz y estabilidad política y social que obtuvo. Todo ello alrededor de un nivel relativamente elevado de ingreso. Pero estos mecanismos no hubieran sido suficientes si no se hubiera recurrido a otros complementarios que son esencialmente dos: la ocupación múltiple y la amplitud del régimen jubilatorio. Los pasivos

representan alrededor del 30% de la población activa. Se requieren dos activos para mantenerse a sí mismos y mantener a un pasivo. Diversas leyes han acortado la edad de retiro para los más diversos gremios o situaciones. De esta manera se ha obtenido una liberación de posiciones ocupacionales (particularmente públicas) que ha permitido absorber la mano de obra que llega a la edad de actividad. En una sociedad en que, sobre todo para ciertos sectores, las oportunidades ocupacionales no se multiplican suficientemente, una solución posible es crearlas haciendo más rápido el retiro de sus titulares. Este proceso se va agravando, a su vez, por el envejecimiento constante de la población... En estas condiciones, el sistema se vuelve extraordinariamente gravoso. Pero si, por ejemplo, se aumentara la edad de retiro se cerrarían una serie de posibilidades ocupacionales. Es decir, las pensiones provocadas por un sistema jubilatorio demasiado caro se trasladarían, si no se supone un cambio de estructura, a los grupos que intentan entrar a la vida activa real” (Solari, 1967:50-51).

#### *d) Estado, nación y partidos políticos*

Errandonea, en su contribución, le reconoce a Solari el haber sido el “fundador” de la sociología política en el Uruguay. Otros lo han considerado el precursor de la ciencia política (Lanzaro 1989).

Solari se plantea el tema de la formación de la conciencia nacional en el Uruguay, que “fue un Estado antes de ser una nación” y enfatiza el papel de los partidos tradicionales, “como única fuente de referencia a la sociedad global más allá de la familia”, siempre aliados a fuerzas extremas, y recurriendo a pactos, ante la imposibilidad de aniquilarse, “que comportan de hecho la división territorial del país entre poderes políticos diferentes”, como si fueran dos naciones o cuasi-naciones las que llegan al acuerdo. Asimismo, descarta la tesis de un corte histórico provocado por la fuerte inmigración masiva del cambio de siglo, insistiendo en que ella “se integró a través de los partidos, como lo habían hecho y lo harían [posteriormente] todos los grupos”. Destaca que “probablemente, los mecanismos necesarios para insertarla están, ellos sí, en las fuentes de la formación de una conciencia nacional” (Solari, 1965c).

El tema de la “originalidad” del sistema político uruguayo y de sus partidos, tratado en su momento por Solari (1965 y 1988), es retomado en este volumen por Bonilla, que busca contrastarlo con casos de fuera de la región y con elaboraciones teóricas generales (Pannebianco,

1990 y Sartori, 1992) que, a su entender, no permiten la inclusión del caso uruguayo, sea por el arcaísmo de los partidos del país que no se compadecen de teorías elaboradas para partidos modernos, sea por debilidades de las teorías analizadas, sea, en fin, porque el caso uruguayo realmente es original.

Sin embargo, Errandonea considera que Solari (1959 y 1964) aceptó la visión popular idealizada del Uruguay, exagerando la benignidad del sistema de estratificación social -en especial, el tamaño de sus clases medias-, la tendencia igualitarista y la escasa distancia social entre estratos. Modera su crítica empero cuando sostiene que “en realidad, aunque no mayoritarias (ni absoluta ni relativamente) [esas clases medias] tenían un volumen muy importante lo que singularizó al país, especialmente en el contexto latinoamericano, lo que sí captó Solari, con agudeza”. También reconoce que Solari planteó la situación en términos de asunción de la crisis y el estancamiento, “como si las benignidades se estuvieran convirtiendo, ya entonces, en atributos del pasado”.<sup>16</sup>

En resumen, Solari tuvo la capacidad de identificar la especificidad del Uruguay, al mismo tiempo que planteaba las debilidades estructurales del sistema y anunciaba la crisis que se insinuaba y estallaría posteriormente.

Esa peculiaridad uruguaya sigue requiriendo explicaciones. Hoy, si bien muestra la mejor distribución del ingreso en la región, y tiene la menor proporción de hogares en situación de pobreza, cabe destacar que se trata de un punto de comparación benevolente. Asimismo, la sensación del “paraíso perdido” sigue estando presente en la percepción nacional y ha llevado a quienes reclamaban cambios drásticos en el pasado reciente, hayan efectuado un camino de retorno o, como el mismo Errandonea mencionaba, se plantean simplemente la “batllistización”<sup>7</sup> de la izquierda, buscando ocupar un espacio en el espectro político que los partidos tradicionales han tendido a abandonar. En este sentido, “Réquiem para la izquierda”, artículo escrito por Solari luego de las elecciones uruguayas de 1962 – ya mencionado – fue fundamental para la interpretación de la política uruguaya y de las funciones de los partidos tradicionales. Couriel

---

<sup>7</sup> Referencia a José Batlle y Ordóñez, presidente de la República en dos ocasiones a comienzos del siglo XX, cuyo desempeño en la primera magistratura marcó a fuego los decenios posteriores y generó una ideología que dominó (¿domina?) la política uruguaya hasta hoy.

(2001) al revisar dicho artículo, enumera los cambios que, en su perspectiva, ha dado la izquierda uruguaya durante el periodo transcurrido entre aquellas elecciones y los años noventa.

Su preocupación por los temas políticos del Uruguay, llevó a Solari a analizar el denominado “*tercerismo*”, la ideología del *establishment* intelectual, aglutinado en torno al periódico *Marcha*, liderado por Carlos Quijano, durante los años cincuenta y sesenta, fundamentalmente. Lo considera una ideología de élite, que apoya transformaciones, casi siempre revolucionarias, pero que “no lesiona el conformismo habitual [de quienes la sustentan] en la esfera de la vida concreta y en las acciones sociales que de ella derivan”. Sus adherentes “son profundamente conformistas en cuanto a su familia, a la educación que han recibido en su seno, piensan que educarán a sus hijos de la misma manera que ellos lo han sido, etc.”, aunque sean inconformistas en la política, ámbito en el que tienen poca influencia y escasas posibilidades de acceso (Solari, 1965:65), por cuanto rechazan a los partidos tradicionales, antiguo canal de incorporación de generaciones estudiantiles inconformistas hasta 1930.

Nuestro autor trata de hacer una sociología del complejo ideológico tercerista, que mezcla elementos racionales, con prejuicios y tradiciones, enfatizando que “no da una respuesta suficientemente clara y unívoca de los problemas del mundo actual”. Analiza su relación con el nacionalismo, y sugiere que el tercerismo se ve afectado como consecuencia de la adhesión que genera la revolución cubana y el consiguiente debilitamiento de las corrientes anarquistas en el movimiento estudiantil, así como por la pérdida de equidistancia entre los dos bloques de la guerra fría, que de eso deriva.

La visión de los Estados Unidos que sustenta el tercerismo es, para Solari, una crítica a la sociedad industrial y una reivindicación de valores tradicionales. “La supuesta superioridad latinoamericana, o los valores latinoamericanos que se exaltan no dejan de estar vinculados a una concepción aristocrática de la cultura. Se menosprecia la mecanización, la masificación, el hundimiento de los valores selectos del espíritu, la pérdida del sentido de la cultura por la cultura misma. Pero si hay una idea de la más pura raíz aristocrática, ligada socialmente a un sistema de privilegios es justamente esta última en la que se resumen todas las anteriores. En el tercerismo [...] se insiste a cada momento acerca de que la cultura, el saber, la educación, etc., deben estar al servicio de la sociedad [...] pero por otro lado se critican todos los medios descubiertos hasta ahora para obtener el acceso a la cultura de porciones crecientes de la sociedad” (Solari,

1965:69). “La misma idea de la cultura y del saber al servicio de la sociedad [...] aparece vista como el deber de los 'elegidos' de descender a la vida real de la sociedad para iluminarla y guiarla. [...] esta idea comporta la de la superioridad de los intelectuales”.

En definitiva, sugiere Solari, se atribuyen todos los males de América Latina y del Uruguay al “imperialismo”, por lo cual todo cambio que no lo suprimiese sería sólo aparente. Y como esa supresión está distante -y no se plantean medios concretos para lograrla, en el corto plazo- el resultado es dejar todo como está. Por ello entiende que, en definitiva, el tercerismo es una ideología *escapista*. “Mientras [se la profesa] tanto puede olvidarse que [se] vive en un pequeño país, de nula influencia en el concierto internacional, de pequeñísimo peso en América Latina, que padece muchísimos problemas que nada tienen que ver con el imperialismo y que valdría la pena resolver” (Solari, 1965:73).

A partir de la publicación de este libro y de una nota publicada en las páginas de Marcha por Arturo Ardao quien, como historiador de las ideas, presenta la genealogía del concepto de tercerismo y defiende a la intelectualidad, se daría una importante polémica, en la que tercia, desde el diario *Época*, otro intelectual muy distinguido como lo fue Carlos Real de Azúa.

#### *e) Educación*

Errandonea (2001) y Opertti y De Armas (2001) consideran a Solari, muy razonablemente, el fundador de la sociología de la educación en el país.

*i) Educación y desarrollo.* Errandonea le atribuye una visión parcial del papel de la educación, al enfatizar excesivamente las relaciones con el desarrollo económico, como consecuencia de adoptar la teoría de la modernización. Creo que esta afirmación no es totalmente correcta. Solari tenía una perspectiva lo suficientemente amplia del papel de la educación y el conocimiento como para no caer en simplificaciones y, menos aún, en concepciones elitistas de la función educativa. Ello no es óbice para que -como sucedía entonces y acaece cada vez más- considerara interesante explorar las relaciones entre educación, formación de capital humano y posibilidades de crecimiento económico, especialmente en sociedades que -según el esquema clásico de entonces- pasaban de la sociedad tradicional a la moderna, siendo que en esta última la tecnología y consecuentemente el papel del conocimiento y la capacitación, tiene una

importancia central tanto para la formación de mano de obra pero, sobre todo, para alcanzar una real ciudadanía.

Solari creía que la educación -en ocasiones- puede contribuir a reducir las desigualdades, pero que en general el sistema educativo tiende a reproducirlas. Probablemente, su posición está próxima a la presentada por Demo (2001) cuando argumenta que si bien ella constituye un factor estratégico, se suele plantear la relación entre ella y el proceso de desarrollo de modo fantasioso. Se depositan en ella expectativas excesivas, sobre todo cuando se la reduce a una relación de mero manejo del conocimiento para fines de competitividad. Lo mismo sucede cuando en el plano sectorial se la piensa como fundamento de transformación social.

*ii) Las relaciones entre educación y ocupación.* La relación existente entre la formación educacional y la probabilidad mayor o menor de la inserción en el mundo del trabajo (Solari et al., 1967 y 1973) constituye un punto nodal de su preocupación. Hay allí elementos que resultan de relevancia tanto para el estudio de las posibilidades de desarrollo, como para el análisis político.

Recuérdese, por ejemplo, el gran predicamento que ha tenido, especialmente a partir de los escritos cepalinos, la tesis de la falta de dinamismo de las economías latinoamericanas para generar empleos. Ello condujo a Solari a reflexionar sobre si el aumento de la educación es suficiente para promover el desarrollo, o se requiere también modificar el funcionamiento del aparato económico para así poder incorporar a quienes, estando educados, demandan ocupación.

Por otro lado, Solari ha destacado el contenido político del mercado de trabajo, donde las posibilidades de inserción dependen del grupo social de pertenencia (Solari, 1973). En tal sentido, ¿cómo repercute la ampliación del acceso sobre el mercado ocupacional: ¿se da un universalismo parsoniano o, por el contrario, los grupos sociales procuran generar segmentaciones basadas en otros criterios que aseguren la prioridad de acceso a sus propias nuevas generaciones? Veinticinco años después, el Panorama Social de América Latina afirmaba que por encima de cierto nivel de educación, la transmisión intergeneracional de las oportunidades de bienestar está influenciada por los contactos sociales derivados del hogar de origen. Los contactos sociales permiten a las nuevas generaciones de los grupos de mayores ingresos recibir en promedio 30% más de ingreso para similares categorías ocupacionales y niveles de educación



(CEPAL, 1997:84ss). La información deriva de una adecuada utilización de tabulaciones especiales de las encuestas de hogares de varios países de la región.

También insistió respecto a que la educación sólo puede tener influencia en la ocupación y el ingreso de una persona, cuando se la distribuye desigualmente. Si nadie tuviera educación o si todos tuvieran la misma, la distribución diferencial de ocupaciones, ingresos y recompensas se explicaría por otros factores. Las sociedades muy poco diferenciadas, con una educación formal casi inexistente representarían un extremo, mientras que las altamente desarrolladas y muy diferenciadas, el otro. La correlación entre educación y ocupación tenderá a ser nula si el nivel de desarrollo es bajo. Luego, crecerá hasta llegar a un máximo a partir del cual debe disminuir. Representada gráficamente, la relación debería asumir la forma de una curva de campana (Solari et al., 1967).

Lo anterior tiene gran importancia en América Latina, porque los indicadores muestran situaciones muy variadas. Mientras algunos países se encuentran en la fase de comenzar a expandir su sistema educacional, otros han avanzado bastante en el logro de tal objetivo. En consecuencia, comparar evidencias empíricas de unos y otros respecto al peso de la educación sobre la ocupación y el ingreso no sería correcto, si no se toman en cuenta las hipótesis que se acaban de exponer. Es obvio también que una política de expansión tiene significados muy diferentes en los distintos extremos de la escala (Solari, 1981: 420-421).

*iii) La especificidad de la educación latinoamericana.* En diversas oportunidades, Solari (1973 y 1977) llamó la atención sobre el error de tratar de interpretar los sistemas educativos latinoamericanos a partir de lo que ocurre en los países desarrollados, detrás de lo cual detectaba el supuesto -caro a muchos clásicos del desarrollo- de un continuum entre subdesarrollo y desarrollo, subdividido en etapas similares.

En realidad, en América Latina, mucho antes de que se alcanzase la cobertura universal en la educación primaria, se expandieron fuertemente la secundaria y la universitaria. La causa fue la presión de las clases medias por alcanzar niveles superiores, lo que demoró la expansión de la primaria hasta el momento en que los sectores populares fueron, a su vez, capaces de articular demandas que el sistema político no pudo desatender.

En ocasiones, argumentaba Solari, se toman ideas pedagógicas de sociedades que se caracterizan por su alfabetización total, por tener escuelas que funcionan con horarios extensos y con equipamiento adecuado, a las que ingresan y de la cual egresan todos los que deben hacerlo.

Ello permite distribuir contenidos curriculares a lo largo de todo el ciclo sin necesidad de considerar más exigencias que las de un desarrollo educativo coherente. Ninguna de esas características se da en América Latina, en especial en aquellos establecimientos que ofrecen educación a los sectores populares.

Además, las demandas que el sistema productivo hace aquí a la educación son totalmente diferentes a las del mundo desarrollado. En América Latina, una proporción no desdeñable de la población activa se encuentra todavía en el sector agropecuario y buena parte tiene ocupaciones totalmente compatibles con el analfabetismo y que hacen innecesarias las calificaciones que proporciona la educación formal. En el mundo urbano tampoco hay excesiva presión por educación, dado que el sector informal requiere muy pocas calificaciones de este tipo.

*iv) Igualdad y educación.* Solari siempre compartió la idea de que la educación tiene un papel importante tanto en alcanzar el desarrollo económico como para permitir un funcionamiento idóneo del sistema democrático. Empero, nunca tuvo esperanzas exageradas al respecto. Creyó en la necesidad de universalizar una educación común para alcanzar esos objetivos y sostuvo que ello debía tener prioridad respecto a promover el crecimiento de otros niveles de educación.

Sin embargo, frecuentemente verificó (Solari 1981, 1982, 1989a, b, c) que la realidad latinoamericana había seguido otros caminos, ignorando las predicciones de muchos sobre un proceso de expansión constante de la cobertura. Ello era especialmente notable en países donde la distancia social entre los grupos ya incorporados y aquellos todavía marginados era grande, lo que conducía a un enlentecimiento “como si la ampliación de la cobertura implicara un salto” que afectara a la estructura social (Solari, 1989c).

Esas tasas de participación indican las posibilidades que tienen los diferentes grupos sociales de acceder y permanecer en el sistema educativo, siendo las diferencias urbano-rurales y entre zonas geográficas sólo una expresión de la estratificación social vigente.

Durston y Espíndola (2001) han analizado el papel de la reducción de las diferencias en la cantidad y calidad de la educación para generar mayor igualdad de oportunidades de empleo y para reducir distancias en los ingresos de diferentes estratos.

v) *Permanencia de la desigualdad y sus formas*. Solari analizó las diversas formas de igualdad y mostró de qué manera los avances logrados respecto a alguna de ellas (igualdad de oportunidades) no alcanzaban a satisfacer a quienes la habían buscado, sino que abrían paso a nuevas demandas y hacían resurgir formas de discriminación más sutiles (desigualdad de resultados). La igualdad aparente que se va dando mediante la ampliación de la cobertura primero y del egreso después, encubre diversas formas de discriminación.

En sistemas educativos altamente excluyentes los mecanismos de discriminación se sitúan en la primaria, mientras que en aquéllos más democratizados los filtros se encuentran en el nivel medio. Pero, incluso en estos casos, las desigualdades pueden percibirse también, por ejemplo, en la edad de egreso de los individuos pertenecientes a los diferentes grupos sociales.

Las razones del atraso estarían ligadas a las diferencias del patrimonio cultural familiar frente a las exigencias de la escuela, como afirman los pedagogos, pero también a la aceptación de una “cultura escolar” como un ideal que debe ser alcanzado por todos a riesgo de no continuar en el sistema educativo (Solari, 1989c).

vi) *El credencialismo y la devaluación educacional*. Solari puso el acento, probablemente antes que nadie (Solari 1967, 1973, 1981, 1982, 1989c) en la devaluación educacional: “Cuando muy pocos, proporcionalmente, egresan de la enseñanza primaria, la calidad de egresado tiene, al menos para ciertos grupos, una importancia social y económica relevante. Cuando todos o casi todos egresan, tal credencial pierde importancia, la que se traslada a niveles más altos, como la del egresado de enseñanza media y así sucesivamente. En otras palabras, la posesión de ciertos niveles educativos se devalúa continuamente en función del aumento de la proporción de quienes han logrado otros mayores” (Solari, 1989c).

En América Latina se percibe una “rápida caída del valor de las calificaciones educacionales”, por lo cual se da la paradoja de que cuanto mayor es la proporción de quienes alcanzan ciertas calificaciones educativas, menor es el valor que ellas revisten desde el punto de vista educacional. “Es normal que un padre que sólo terminó tres años de escuela, por ejemplo, tenga

grandes dificultades para lograr que su hijo termine seis, siendo altamente probable que los seis sólo permitan (a ese hijo) el acceso a niveles ocupacionales más bajos que los del propio padre” (Solari, 1982:305).

Este fenómeno demuestra que determinados grupos se apropian de más años de educación formal y que, paralelamente, disminuye la significación de aquellos estudios accesibles a los grupos menos favorecidos.

Asimismo, incluso en países donde hay un sistema público nacional, teóricamente homogéneo, surge una estratificación de los establecimientos educacionales y, al mismo tiempo, se crean circuitos pedagógicos, que tienden a coincidir con la estratificación social.

*vii) El gasto público en educación.* Desde muchas posiciones se ha aducido que el gasto público en educación ha llegado a un umbral infranqueable, al punto que no podría exigirse al Estado la realización de nuevos esfuerzos en esta materia. Solari ha tenido siempre una respuesta crítica frente a las argumentaciones centradas en las limitaciones financieras a la expansión de la educación (Solari, 1982: 311ss).

Por un lado, ha rebatido el argumento de que a partir de cierto nivel de gasto en educación se producen retornos decrecientes, sosteniendo que ello se basa en estudios realizados en países desarrollados, fundamentalmente los Estados Unidos, que son inaplicables a la región. En América Latina, es imposible que existan países que hayan llegado a ese nivel de gasto. En todo caso, habría que demostrar en cada caso que así es, y no darlo por sentado en función de investigaciones imposibles de generalizar (Solari, 1982: 312).

Por otro lado, también ha discrepado con la tesis que arguye que se ha llegado al máximo gasto en educación posible para estos países. Si no se logra escolarizar a toda la población al nivel básico, deberían analizarse las prioridades internas para la asignación de recursos en el sistema educativo formal. De no hacerlo así, se estaría tomando el funcionamiento actual del sistema como un dato inmodificable y, de esa manera, se eludiría el deber de cualquier Estado de universalizar la educación básica.

Respecto al argumento de que elevar el gasto en educación afecta al desarrollo, Solari afirmó que ello implica sostener que dada la estructura sociopolítica actual sería de hecho imposible reducir

otros gastos (por ejemplo, armamentos). Se trataría, en definitiva, de una apreciación de hecho, que no demuestra lo que se pretende probar, esto es, que gastar más en educación afectaría la consecución del objetivo desarrollo.

Frente a la crisis de la década de los ochenta, que llevó a disminuir el gasto público por alumno, Solari insistió en que la disminución del gasto educativo ha acompañado a la recesión, pero obviamente no ha sido causa de ella, ni tampoco puede decirse que la recesión haya provocado la caída del gasto en educación, dado que hay países donde no sucedió así (Solari, 1989c). Asimismo, se estancaron las remuneraciones docentes, lo que produjo el alejamiento de quienes podían conseguir ocupaciones mejor remuneradas en otras áreas, provocando la “desprofesionalización” de los que se mantuvieron en la docencia pero debieron complementar sus ingresos buscando otras ocupaciones paralelas. Todo ello conspiró contra la calidad del sistema educativo. También disminuyeron los gastos de funcionamiento e inversión, afectando sobre todo a los alumnos de los estratos sociales más bajos.

Ha insistido asimismo en que ésta no es una discusión puramente académica, ya que por detrás está la desvalorización de la importancia de los sistemas educativos por los grupos dominantes. Pronosticaba que, de ser así, la tendencia a la disminución de los recursos para educación seguiría incluso una vez superada la recesión económica.

La evolución del gasto durante la década de los años noventa mostró, empero, una recuperación del gasto social en general y de los recursos que se destinan a educación en particular (CEPAL 1997, 1998, 1999). Esta tendencia ha continuado hasta la actualidad.

Pese a lo anterior, cabe reconocer sin duda que existen límites económicos respecto a lo que un país puede gastar en educación. Pero dichos límites son muy amplios, por lo cual -como apuntaba Solari- la magnitud específica de ese gasto se explica, en cada caso, por la opción asumida por el sistema de dominación existente, entre las diferentes alternativas de gasto.

viii) Las reticencias frente a la educación no formal. Las críticas al sistema educacional, básicamente a su carácter burocrático, rutinario, caro e incapaz de alcanzar a toda la población, han conducido a postular como alternativa la educación no formal, entendida -según Coombs- como “cualquier actividad educacional organizada y sistemática, fuera del marco del sistema

formal, orientada a proveer tipos selectivos de aprendizaje para subgrupos particulares de la población tanto adultos como niños”.

Si bien ha reconocido el potencial que tiene el uso de medios informales para mejorar la educación formal, Solari ha cuestionado que dichos medios puedan sustituirla en el logro de los objetivos que tradicionalmente se atribuyen a esta última.

En cuanto al argumento de que sería más barata, Solari adujo que la comparación de los costos resulta muy dificultosa porque los objetivos que se proponen las instituciones no formales existentes son diferentes a los propios de la educación formal e, incluso, podría demostrarse que hay algunos tipos de educación no formal que son muy caros.

Respecto a que dicha educación es prestada por voluntarios, afirmó que muy difícilmente se mantendrían en esa condición en caso de expandirse la educación no formal para sustituir, en todo o en parte, a la formal. Se volvería inevitable el control del Estado, ya que él se da por la importancia de la función social (educación, en este caso) y no por el carácter (formal o no formal) que su prestación asuma. Así, tendería a darse un proceso de burocratización del sistema y muchas funciones actualmente voluntarias pasarían a ser rentadas, los costos aumentarían sensiblemente, y se darían conflictos por recursos escasos entre ambos tipos de instituciones.

Además, Solari encontraba poca lógica a los argumentos que defendían la educación no formal. Se comienza, decía, con una crítica a la educación formal por no poder incorporar a todos en el nivel básico y se acaba concluyendo que ella no es un instrumento adecuado para promover la igualdad social. Se continúa el razonamiento sosteniendo la necesidad de un nuevo tipo de educación, la no formal, a la que se reconoce como inferior a la que se quiere abandonar. Finalmente, se afirma que la de nuevo tipo será el instrumento de igualación. Ante esto, recuerda que formas inferiores de educación llevan a ocupaciones también inferiores y peor remuneradas, sobre todo por la confianza en las credenciales emitidas por el sistema formal.

*ix) Las políticas educacionales.* Solari también se interesó en cuáles serían las políticas educacionales recomendables para los países latinoamericanos. Aceptó que si bien la educación no constituye una panacea, “puede contribuir a alcanzar una mayor igualdad social aunque sea en modestas proporciones y dependiendo de determinadas coyunturas histórico-sociales” (Solari, 1989c). En este punto parece bastante menos optimista respecto al papel de la educación que la

tesis dominante a fines de siglo, que la relaciona con la formación de recursos humanos y la considera como una panacea del desarrollo y la modernización.

Nuestro autor ha afirmado, además, que el camino para ello (así como para acabar con la pobreza educacional) es “que la educación formal sea extendida hasta alcanzar a todos los sectores de la población incluyendo, muy especialmente, a los más pobres. Desde luego una educación formal profundamente transformada, con un uso sistemático y generalizado de los instrumentos no formales, con profundas modificaciones en su contenido y organización” (Solari, 1982: 317).

x) *El currículum escolar*. El primer dilema de una política educacional se da, a su entender, entre un currículum uniforme y currícula diferentes. Con el primero, habrá alumnos que no podrán alcanzar las exigencias que se plantean; con los segundos, todos egresarán, pero a costa de reproducir las diferencias originarias. Solari ha sostenido que “se requiere mantener un núcleo central común porque las exigencias derivadas de los derechos humanos hacen imposible admitir que determinados grupos sociales queden condenados a no poder cambiar su destino” pero, al mismo tiempo, debe existir cierta heterogeneidad curricular, adaptándola “a los diferentes medios sociales para aumentar la probabilidad que todos accedan a él” (Solari, 1989c).

En segundo lugar, llamó la atención sobre la tendencia que muestran los planificadores de la educación a reproducir las concepciones “más avanzadas” de los países “más adelantados”, con lo que “planes que son presentados por los pedagogos como muy progresistas son realmente muy regresivos en sus efectos sociales” (Solari, 1989c). Por ello, insiste en la necesidad de volver a poner énfasis en los contenidos instrumentales básicos, porque ellos son requisitos *sine qua non* para que los alumnos puedan insertarse en la vida económica y social. Hay que tratar de evitar los objetivos desmedidos y eludir la inflación retórica que ellos implican.

El incrementar los contenidos curriculares hace necesario que aumenten cada vez más años de escolarización. Ello va en perjuicio de los estratos sociales más bajos, cuya probabilidad de permanecer en el sistema es menor y disminuye con cada año suplementario. “Es dudoso que se requieran tantos años de educación primaria o básica como los que son comunes en América Latina para dar una formación fundamental” (Solari, 1982: 317).

Podría conectarse lo anterior con las reflexiones sobre la *devaluación educativa*. Dado que al agregar cada vez más contenidos a la enseñanza se necesitan también más años para que sean

asimilados adecuadamente, no es irrazonable que se aumenten también las exigencias para acceder a ocupaciones que a una generación anterior le exigían pocos años de permanencia en el sistema escolar. Por un lado, hay una oferta de personas con mayor escolarización y, por otro, es probable que quienes han cursado la misma cantidad de años que sus padres, tengan una formación muy inferior en esos denominados “contenidos instrumentales básicos” a la que poseían aquellos.

Conviene recordar aquí, que se ha detectado una elevación del “umbral educativo” requerido para tener una alta probabilidad de mantenerse fuera de la pobreza. “Actualmente en la región completar el ciclo secundario y cursar como mínimo 12 años de estudios es básico para tener acceso al bienestar. La evidencia correspondiente a un gran número de países demuestra que alcanzar ese umbral educativo se traduce, con una probabilidad superior al 80 por ciento, en la percepción de un ingreso que permite situarse fuera de la pobreza. El examen de las remuneraciones de los asalariados de 20 a 29 años de edad (en valores equivalentes a líneas de pobreza per cápita) indica que los años adicionales de estudio no tienen el mismo rendimiento en términos de ingreso cuando se sitúan por debajo o por encima de ese umbral. Uno, dos o tres años más de estudios cuando se ingresa al mercado laboral sin haber completado el ciclo secundario no influyen mayormente en la remuneración percibida y en la mayoría de los casos se traducen en un ingreso laboral muy bajo y escasas posibilidades de situarse fuera de la pobreza. En cambio, el ingreso aumenta aceleradamente cuando los estudios cursados se suman a dicho umbral” (CEPAL, 1999:66).

*xi) Educación compensatoria.* El viejo postulado de una escuela igual para todos tiene que ser alterado, “porque sólo la desigualdad puede establecer la igualdad entre los desiguales” (Solari, 1982:296). La educación compensatoria, en este sentido, pretende paliar las deficiencias exógenas al sistema escolar (suponiendo que éste brinda una educación igual para todos), especialmente en aquellas escuelas situadas en las zonas urbanas más deprivadas, aumentando el horario escolar y proporcionando cursos para “enseñar a aprender” a aquellos que lo necesiten para superar problemas derivados de las condiciones en que viven.

Opertti y De Armas (2001) destacan la perspectiva no reduccionista adoptada por Solari en su obra, que evita el “sociologismo” y muestra los factores extraescolares que reducen el impacto de las políticas orientadas a la reducción de las desigualdades educativas.



En este sentido, cabe recordar que el rendimiento escolar está fuertemente condicionado por factores ajenos a la escuela. Se ha demostrado la importancia que tiene el “clima educacional” del hogar, definido como el promedio de años de estudios con que cuenta el conjunto de las personas de 15 años y más que residen en el hogar; la capacidad económica del hogar; el grado de hacinamiento; y el tipo de organización familiar (con un solo cónyuge mujer o con los dos cónyuges presentes y casados).

*xii) La reforma educacional.* Opertti y De Armas (2001) relacionan los aportes de Solari con el proceso de discusión de la reforma educativa en Uruguay. Recuperan el énfasis de Solari en los contenidos valóricos y políticos que hay detrás de los temas educativos, incluso curriculares. A partir de ello enfatizan que en la ríspida discusión uruguaya actual sobre educación, lo que está en cuestión es la legitimidad con que gobiernos democráticamente elegidos pueden introducir cambios y en qué medida requieren la aprobación de las gremiales docentes, y la supuesta relación entre la reforma y la tendencia a la privatización de servicios sociales.